

The Wound in the Heart (La herida en el corazón), América And the Spanis civil War, de Allen Guttman (The Free Press of Glencoe), Nueva York 1962

Desde hace un par de años se están publicando más libros sobre la guerra civil española que durante los veinte anteriores. En un plazo muy breve han aparecido libros como los de Cattell, Bolloten, Thomas, Broué-Termine, Payne, etc.; y nuevas versiones de conocidos textos de Brennan y Nenni. Se trata en general de historias o análisis de aquellos tres años españoles, y algunos son aún más monográficos y —como éste que repasamos ahora— tienen por tema el impacto que en las conciencias o en la política de un país tuvo la guerra de nuestros padres.

Todos estos libros tienen en común dos características. Primera, a pesar de que se dan en ellos muchas variedades de imparcialidad, a todos sus autores¹ se les adivina simpatía por uno de los dos bandos, siempre el mismo. La segunda característica es que estos libros se venden muy bien.

Los que tienen menos de treinta y cinco años no se dan cuenta exacta de lo que representó aquella guerra para los hombres de su tiempo, en todo el mundo. En el libro que escribió sobre ella el fascista francés Brasillach prematuramente desaparecido, nos dice que, desde el *métallo* de Bellaville hasta el bracero indonesio, del intelectual blanco a los intelectuales rojos todos los hombres hacían suya la guerra de España, se sentían personalmente implicados en ella. Nueve años después de terminada, Albert Camus explicaba la razón de que “tantos hombres, en toda la tierra, sientan el drama español como una tragedia personal”. Los hombres de entonces, hoy sesentones, siguen viviendo su gran pasión española. Es curioso que Guttman, que reconoce ser demasiado joven para recordar la guerra, insista repetidas

¹ Es interesante observar que la mayoría son jóvenes, que escriben su primer libro o una tesis doctoral.

veces en que la guerra civil española no ha terminado todavía. Sigue apasionando a los americanos del norte, sigue interfiriendo en su política de hoy y de cada día. "El antagonismo que dejó la Guerra civil española... constituye todavía hoy uno de los divisores políticos más importantes del país" (LUBELL, *The Future of American Politics*, citado por Guttman). Y se nos dice que los libros y folletos publicados sobre el tema, y que en 1940 llegaban ya a seiscientos, pasan hoy de los dos mil.

Para aquellos hombres, nuestra guerra fué y sigue siendo *the Last Great Cause* (la última gran causa). Siguen viviendo de ella y en ella, desde los ministerios si les sonrió en sus países la victoria, en la oposición si todavía no sonríe, o desde una victoria contra la que lucharon del 36 al 39, como en el caso del gran viajante de la cultura, hoy Ministro del ramo a la sombra de un ciprés delirante y solitario².

Este tesón de los "mayores" contrasta con la actitud de los jóvenes ante nuestra guerra: los del resto del mundo apenas la conocen; los de España la tienen tan archivada como a las carlistas, la de los comuneros o lo de Viriato y Sertorio.

Guttman ha realizado un gran trabajo de erudición, basándose en los testimonios de aquel tiempo: discursos, declaraciones, periódicos, novelas, películas e incluso obras de arte. Por ello puede ofrecernos un inventario impresionante de las tomas de posición de sus compatriotas ante nuestra guerra; y nos enteramos así hasta de las más anecdóticas, como el hecho de que teósofos y ocultistas estuvieran a favor de los blancos y a favor de los republicanos el joven John Fitzgerald³.

Pasando a temas más serios, dedica gran atención a la actitud de los católicos. Según Guttman, la cuestión confesional fué determinante en la posición de los americanos frente a la guerra, y tendremos ocasión de ver cómo se reflejó incluso en campos ajenos a un planteamiento estrictamente religioso. En términos generales puede decirse que la Iglesia católica de los Estados Unidos se alineó con los "nacionales". Solamente dos revistas católicas mantuvieron una postura hostil o neutra, o la modificaron de benévola a hostil después de los bombardeos de ciudades abiertas. Nuestra guerra sirvió para reavivar la cuestión de la inserción de los católicos en una sociedad nacional fundada y dominada por protestantes, o, dicho con los términos del autor, de "una Iglesia autoritaria en una sociedad pluralista". Guttman insiste mucho en que resulta muy curioso, sin embargo, que el apoyo de estos católicos a la causa blanca no se basaba en que esos blancos defendieran y aplicaran el pensamiento social de los Papas, sino en que eran anticomunistas y continuadores de los ideales que crearon a los Estados Unidos de América. También vale la pena observar que, a pesar de lo dicho, los sondeos de opinión de aquella época pusieron de manifiesto que un

² De Malraux fué la frase que iba a ser autobiográfica: "Un hombre que es a la vez activo y pesimista, acabará en fascista si no tiene tras de él una fidelidad". (La elección de la palabra "fidelidad" es sintomática e inválida toda la frase, por cierto. Para no acabar siendo personalmente lo que

la frase dice que se acaba siendo, su autor tendría que haber sustituido "tras de él una fidelidad" por "dentro de sí una coherencia ideológica").

³ "Su programa es similar al New Deal" (Carta a casa, verano de 1937).

treinta por ciento de católicos era hostil a los “nacionales” (que sólo disponían de un treinta y nueve por ciento a su favor).

Evidentemente, entre intelectuales, catedráticos, escritores, artistas y cineastas, sólo cabe hablar de apoyo activo a los rojos —que a algunos les llevó a empuñar el fusil o la camilla— en una proporción del noventa y nueve y pico por ciento. Las tres grandes figuras del antidemocratismo intelectual (Santayana, Eliot y Pound) no actuaron directamente —es curioso— en favor de la causa blanca. En el caso de Pound porque no veía en la guerra española cuestiones fiscales interesantes, y en aquella época andaba “obsesionado por el problema de la usura en la historia occidental”. Santayana pensaba que el mundo volvería a un ideal después de dos mil años de vivir hipnotizado por “hechiceros y profetas”, pero no concretaba mucho más. De Eliot, solicitada su opinión sobre nuestra guerra, es la frase divina: “Yo... creo .. que es preferible que por lo menos algunos hombres de letras permanezcan aislados y no tomen parte en *esas* actividades colectivas”⁴.

Guttman llega a la conclusión de que sentimental o teóricamente los medios capitalistas y financieros no estaban a favor de los nacionales⁵. (Si bien en la práctica no resultaba tan claro: por ejemplo, la Texaco y sus envíos de gasolina, de contrabando, a Burgos). Guttman lo atribuye a la influencia del factor religioso, como lo probaría el hecho de que la proporción de pro-“nacionales” fué mayor entre los capitalistas católicos —caso del padre de John Fitzgerald, por aquel entonces embajador en Saint James, abandonadas ya sus aspiraciones a la presidencia de la Unión.

Según los sondeos gallupianos, los porcentajes pro-republicanos eran mayores entre los hombres de negocios (31 %) que entre los obreros cualificados (27 %) o los no cualificados (30 %). Según Guttman también se explica este dato, aparentemente paradójico, por el mismo factor religioso (sabido es que la mayoría católica en Estados Unidos pertenece a la clase trabajadora y no al mundo de los bien dotados). Esto llegó hasta el punto de que la sindical A. F. L., “predominantemente protestante” era pro-republicana; mientras que la C. I. O. estaba dividida: Lewis y Murray, líderes de sindicatos predominantemente católicos, “vetaron cualquier apoyo expreso a la República y justificaron su veto aludiendo al catolicismo de sus partidarios”

Hasta aquí hemos examinado el “mundo no político”. Aunque Guttman subraya la poca variación de las opiniones a lo largo de los tres años de guerra, en diversas ocasiones destaca que las opiniones favorables a los blancos cambiaron después de los bombardeos. El ejemplo más notable fué el de las revistas del grupo Time-Life, pero incluso la pro-nacionalista cadena Hearst censuró agriamente el suceso que inspiró a Picasso.

En el mundo de los partidos, se cita como nota curiosa que —otra vez por la cuestión católica-protestantes que parece haber sido la clave de la posición americana ante la guerra— había más pro-republicanos entre los partidarios de Landon (51 %) que entre los de Roosevelt (49 %) candidato de un partido con mucha clientela católica. En cuanto al partido comunista apoyó evidentemente al bando contra el que combatían los blancos. Pero

⁴ El subrayado es mío.

⁵ También pudo influir el hecho de que las inversiones norteamericanas —“a dife-

rencia de la Cuba de Batista”— en España no fueran importantes, ni hubiera posibilidades de grandes “beneficios de guerra”

su propaganda justificativa no recurría a los grandes temas de su ideología —citaban constantemente el llamamiento de la señora Ibarruri a sus correligionarios pidiéndoles “que apoyaran el principio de la propiedad privada” “la libertad de conciencia” y unos salarios más elevados para los indispensables managers burgueses— sino que recurría a presentar a los republicanos como continuadores de la lucha de las grandes figuras americanas —Jefferson, Washington, etc.— que crearon el American Way of Life. El autor se complace en subrayar ese paralelismo entre las dos grandes minorías de Norteamérica que, para justificar su postura ante el conflicto español, no invocaron el fondo y matiz de sus ideologías respectivas, sino que se escudaban en la común y segura vigencia de “los ideales americanos”⁶. Es ciertamente un dato notable, y resume más que ningún otro lo que debió ser la actitud estadounidense en aquellos años.

Guttmann estudia también el problema referido a los restantes partidos radicales. A este respecto, lo que más sorprende al lector español, y de 1963, es su proliferación: he contado más de diez partidos, todos ellos “socialistas” —aparte de las fracciones anarquistas y la desaparecida I. W. W. A estos grupos correspondió defender sin ambages la línea radical que luchaba en el seno de la coalición republicana. Entre otros cita dos datos que tienen algún interés. El primero, que Trotsky atacó violentamente —por reformista— al POUM... que estaba siendo aniquilado precisamente por “trotskista”; el segundo —y volvemos a lo de antes— es que, en un mismo día, se reunieron escasamente trescientas personas para oír a un orador revolucionario denunciar la línea estalinista en España, mientras que el Madison Square Garden albergaba a 20.000 para concelebrar el mantenimiento de la democracia burguesa española con los dos oradores del mitin: Norman Thomas, socialista reformista, y Earl Browder, comunista.

Guttmann dedica todo un capítulo —uno de los más interesantes del libro— a considerar la guerra de España como una gran confrontación entre el “primitivismo” y el “progreso”, confrontación que hizo de caja de resonancia de ese mismo conflicto, tradicional y endémico, en el pensamiento y la literatura estadounidenses. Cita multitud de novelistas que vieron la contienda española como un avatar de esa Gran Lucha: los que contemplaron a los campesinos que luchaban a cuerpo limpio o con viejos fusiles contra los Caproni y los Junkers⁷; y que pensaban que, en cualquier alternativa, el desenlace sería el mismo: el triunfo definitivo de la máquina sobre el hombre, de lo colectivo sobre lo individual.

Y, sin embargo, a pesar de todo lo expuesto sobre el impacto de nuestra guerra en los hombres y en la conciencia norteamericana, como en la conciencia y los hombres de todo el planeta, Guttmann llega a la conclusión de que, en la vida práctica, al menos en los Estados Unidos, la guerra española contó muy poco para el hombre medio, que no se enteró muy bien de qué se trataba. Alguna idea tenía, por las películas de la Young, la Lamour y la Carroll, pero eso era apenas todo. En los cuatro sondeos de Gallup realizados

⁶ Dice Guttmann: “A veces llega uno a sospechar una conversión simultánea, tanto del Vaticano como del Kremlin, a la doctrina liberal de John Stuart Mill”.

⁷ En aras de la justicia hay que citar a la baronesa que miraba a los soldados blancos, luchando inermes contra la Unión Soviética, rica en tanques.

durante la guerra, la categoría de “los que no tienen opinión” consiguió de un veinticuatro a un treinta y cuatro por ciento. Según el autor, la mayoría de esa masa contestó así porque no acababa de ver claro cuál era el partido que debía tomar, por la confusión —en el doble sentido de la palabra— de los diversos argumentos en pro y en contra.

El libro estudia, sobre todo, la opinión pública, pero dedica algunas páginas a la política exterior de los Estados Unidos ante el conflicto. En síntesis se trató de lo siguiente: Existía la Neutrality Act de 1935. En ella se apoyaron los de Washington para justificar la no ingerencia en la cuestión española y, más tarde, el embargo sobre las armas destinadas a los republicanos, embargo que tuvo —ello es obvio— una importancia capital. Es cierto que los gobernantes —Roosevelt y sus demócratas— simpatizaban abiertamente con la República; pero los consejeros del Presidente —vuelve a aparecer aquí Kennedy padre, con sus despachos desde Londres— y él mismo siguieron una política que perjudicó a sus amigos españoles. ¿Por qué? Por tres razones fundamentales, nos dice Guttman:

1. La política exterior americana se alineaba tradicionalmente con la inglesa. (A esta distancia en el tiempo nos puede sorprender hasta qué punto desempeñaba entonces el Departamento de Estado un papel de discípulo del Foreign Office).

2. La inmensa mayoría de los norteamericanos sentían una hostilidad innata ante la idea de verse complicados en “guerras europeas”. (Solamente un veinticuatro por ciento se pronunció, en un sondeo de opinión a favor de cambiar la Neutrality Act para permitir el envío de armas a los republicanos. Este temor a la guerra y a sus repercusiones lo revela, según el autor, el hecho de que el mayor porcentaje de opiniones favorables al embargo se encuentra en el grupo de “amas de casa”).

3. La jerarquía católica “estaba casi fanáticamente decidida a bloquear cualquier acción que pudiera interpretarse como una ayuda a la República española”. (Gobernaban los demócratas, y Roosevelt “no se atrevió a poner en peligro los numerosos votos católicos que eran vitales para la máquina política demócrata”. Al argumento de que los católicos habrían seguido apoyando a Roosevelt aunque hubiera levantado el embargo, contesta —citado por el autor— un tal Parry: “Lo que interesa no es lo que hubiera ocurrido, sino lo que los estrategas demócratas temían que ocurriera”. Luego vinieron los remordimientos, como todo el mundo sabe; el más célebre, la conocida frase de Summer Welles: “De todas nuestras decisiones aislacionistas, la más desastrosa fué nuestra actitud ante la guerra civil española”).

Sólo nos resta desear que el autor escriba más libros, porque con éste ha demostrado estar preparado, ser competente y pensar con lucidez.

F. M. L.